Al mismo tiempo que Judea decaía de aquel modo, ocurría otro hecho más grave. Israel se dispersaba por todo el mundo, llevando consigo sus costumbres tranquilas, su firme ley moral, su espíritu aplicado. El judío estaba más destinado a servir de levadura al progreso en todos los países, que a formar una nación separada en un punto del globo. Lo que constituye una nación es el enlace del hombre con la tierra. El judío y el musulmán no tienen cariño a un suelo determinado. El judío de la dispersión cumple mejor su destino que el judío de Palestina, ocupado siempre en pedir un gobierno nacional y en derribarlo. El templo no era saludable más que para los que se hallaban lejos y le enviaban sus votos en dinero y su ideal. Los que vivían de aquel templo, solían ser ambiciosos vulgares, tiranos feroces. Es propio del verdadero judío cumplir la obra de Dios a pesar de sus sacerdotes.

La raza judía fue siempre muy prolífica, y como Judea no puede mantener una población muy densa, la emigración era una consecuencia de ambas circunstancias.

Dejando fuera a Oriente, donde el judaísmo desde la época asiria dejó numerosas partes de sí mismo, Egipto, y sobre todo Alejandría, fue como una segunda patria para Israel. Lo mucho que allí se desarrolló (más que en Judea) demuestra lo que vale el judío en el extranjero, cuando interpreta sus libros con libertad y no lo absorbe mucho la parte ceremonial de la *Thora*. En Egipto la tolerancia había fundado un orden de cosas que no se perturbó hasta el siglo II después de Jesucristo.

Por regla general los sucesores de Alejandro, hasta Antíoco Epifanio, fueron favorables a los judíos, y utilizaron colonias enteras de éstos para la fundación de sus ciudades. Estos judíos eran una excelente base para la burguesía. Nada tenían de pueblo, y nada de campesinos. La campiña y los países bárbaros eran para ellos como si no existiesen, pero resultaban únicos como hombres de orden, como súbditos fieles. Se arraigaban pronto en el país y consideraban como patria suya los países en que habían nacido. Los soberanos les conferían privilegios. Enviados por el resto de la población, no se introducían en cuestiones dinásticas, y apoyaban siempre el más fuerte. Nunca se unían con los revolucionarios, pero cuando caía un soberano, se mostraban adictos al sucesor.

En el año 140 ya habían invadido Siria, Chipre, Asia Menor, islas de Grecia, Cirene, Grecia y Creta. No tardaron en llegar a Crimea, pero no iban a los países demasiado bárbaros, donde encontraban pocas ganancias.

Toda Siria era literalmente medio judía. Antioquía era uno de los puntos donde tuvieron siempre los judíos la hegemonía. En Damasco, más semítica que helénica, la propaganda insistía en que las mujeres de Damasco eran todas judías.

Desde la época de Tolomeo Lago penetraron los judíos en Cirenaica, y formaban una clase aparte disfrutando de autonomía. La colonia judía de Cirene era turbulenta: contribuyó a revoluciones sangrientas y atrajo sobre la ciudad grandes desdichas.

Los judíos de las ciudades griegas solían tener pocas simpatías. Los patriotas, celosos de sus glorias municipales, los detestaban, y la opinión general era que odiaban ferozmente a los que no eran de su secta. El antisemitismo no es cosa de nuestra época, y nunca fue más terrible que durante el siglo anterior a nuestra era, cuando en Alejandría, Antioquía, Asia Menor, Cirene y Damasco, la guerra entre los judíos y no judíos era constante. En las ciudades no judías de Palestina, el odio, recordando las atrocidades asmóneas, producía riñas sangrientas, renovadas continuamente. Comienza la era de los odios religiosos y no hay que negar que aquellos odios fueron provocados generalmente por los judíos.

Roma conoció el judaísmo más tarde que los países griegos. Las fuertes instituciones romanas no permitían aquellas propagandas exóticas y las rechazaban con energía. Los romanos tampoco entendieron bien la propaganda y de Jehovah Sabaoth, hicieron Júpiter Sabasio, creyendo que se trataba de un Dios frigio. Los cautivos judíos llevados por Pompeyo, fueron pronto y formaron un grupo en la orilla derecha del Tíber, cerca del puerto, constituyendo pronto una comunidad judía, autorizada legalmente y con derecho a ciudadanía.

La tendencia a la asociación, muy robusta entre los judíos, y favorecida por las condiciones del mundo de entonces, daba a estas corporaciones una fecundidad extraordinaria. La vida de aquellos colegios era prodigiosa. Cada sinagoga tenía un jefe, nombrado por elección y muy respetado por todos. Aquellos colegios disfrutaban grandes libertades interiores.

César y Augusto se mostraron normalmente contrarios a los *collegia*, pero hicieron una excepción con los judíos. Las sinagogas conservaron la disposición de sus fondos, y cierta jurisdicción sobre sus miembros.

El dinero que las comunidades judías de provincias enviaban a Jerusalén, eran el origen de las principales dificultades con la autoridad romana. Se daba por hecho que el judío de la *diáspora* había de mandar a Jerusalén todas las cantidades procedentes de los votos, donativos y retribuciones que pagaba el israelita, sobre todo el medio siclo o didracma; destinado directamente a la conservación material del culto. Se guardaban aquellas cantidades en una caja y de vez en cuando, enviados pertenecientes a las familias más distinguidas, llevaban la caja a Jerusalén. La autoridad romana empezó por poner obstáculos a este movimiento de dinero, que podía perjudicar a las provincias, pero desde el tiempo del César, no se volvió a dificultar la libre circulación del dinero y se regularizaron los envíos.

Los judíos intentaron exagerar el alcance de aquellos privilegios, suponiendo favores que habrían sido exorbitantes, si realmente hubieran existido. En cuanto a las leyes de policía y orden público, el judío no disfrutaba ninguna exención.

Alejandría, hasta el siglo III, tuvo organización aparte en el imperio romano y allí alcanzaron los judíos más libertad que en otros sitios. Tenían

un etnarca o genarca y, por lo tanto, cierta autonomía. Augusto dio, por lo visto, alguna independencia a su Senado o gerusia, lo cual hizo de la comunidad judía de Alejandría una verdadera república. Lo mismo ocurría en Cirene. En Sardes también tenía derechos el distrito judío.

Así, pues, los judíos de Alejandría gozaban de suerte y situación superiores a las de los demás. Varias veces ocuparon el alto cargo de arabarca o alabarca. Los Tolomeos les habían confiado la guardia del Nilo y la cobranza de aduanas; y los romanos no les quitaron estas funciones, que les hicieron riquísimos.

La tolerancia romana fue tan grande, que se eximió al judío del servicio militar, aun cuando fuera ciudadano romano. La estricta observancia del sábado les habría hecho imposible el servicio militar, por lo menos en un ejército no judío. Léntulo y Dolabela los libertaron de una obligación inconciliable con su Ley. El gobierno romano reconoció el sábado hasta cierto punto. Se admitió que no se citara judicialmente a un judío en sábado, que las tributaciones mensuales de dinero y trigo hechas en Roma, se dejaran para el día siguiente cuando cayeran en sábado, etc.

Los problemas con las ciudades vinieron siempre de que éstas querían que se obligara a los judíos a tomar parte en sus cultos municipales, sobre todo cuando éstos tenían celebridad y daban esplendor a la población. En cambio, los judíos, al pasar por delante de los templos romanos, no podían dejar de hacer señas despreciativas. El año 14, antes de J.C., los efesios pidieron que se quitara el derecho de ciudadanía a los judíos si no consentían en rendir culto a Diana. La causa se vio ante Mario Agripa, gobernador de Oriente, defendiendo Nicolás de Damasco, en nombre de Herodes, a los judíos, que ganaron el pleito.

La mala fe de los judíos cuando se trata de encontrar razones en favor suyo, los equívocos en que incurren sus apologistas, dificultan mucho la apreciación de la medida en que se les concedió la ciudadanía romana. En Roma la cosa no ofrece duda: los esclavos llevados por Pompeyo, convertidos en *libertini*, llevaron consigo aquél título a Judea. El Asia Menor era el país en que había más ciudadanos romanos: muchos judíos podían tener esta condición, de lo cual es ilustre ejemplo San Pablo.

Los samaritanos practicaban en menor escala el principio de la *diáspora* o dispersión por el mundo. Eran muchos en Egipto, donde seguía el odio hereditario entre ellos y los judíos. En Roma tuvieron una sinagoga que, según parece, duró mucho. En la época del imperio cristiano su importancia parece igual a la de los judíos.